

El Padre Arrupe. Recuerdos y reflexiones sobre “fe y justicia”

**Jon Sobrino,
Centro de Reflexión Teológica,
San Salvador.**

1. Desde El Salvador

El 14 de noviembre de 2007 se han celebrado cien años del nacimiento del Padre Arrupe, y con esa ocasión se han publicado numerosos escritos sobre él¹. En este artículo nos vamos a concentrar en un punto: el significado del Padre Arrupe para forjar, poner a producir y mantener, en medio de muy graves dificultades, la identidad de los jesuitas, tal como, en 1975, la formuló la Congregación General 32: “comprometerse bajo el estandarte de la cruz en la lucha crucial de nuestro tiempo: la lucha por la fe y la lucha por la justicia que la misma fe exige”. A ello nos referiremos como fe y justicia.

No es todo el Padre Arrupe, evidentemente, y al analizar este o cualquier otro aspecto de su persona y obra no hay que pasar por alto su talante universal, que lo movió a pensar y hacer mil cosas. Esto impide aprisionarle en algo muy

1. Véase, en lengua española, Gianni La Bella (ed.), *Pedro Arrupe. General de la Compañía de Jesús. Nuevas aportaciones a su biografía*, Bilbao, Ediciones Mensajero, Santander, Editorial Sal Terrae, 2007. El Centro Monseñor Romero ha publicado un pequeño cuaderno *El Padre Arrupe*. En un primer artículo el Padre Martin Maier ofrece un esbozo de su vida y obra. Como segundo artículo, reproduce el texto del Padre Ignacio Ellacuría, “Pedro Arrupe, renovador de la vida religiosa”, publicado en *Revista Latinoamericana de Teología* 22 (1991) 5-23, recogido después en *Escritos Teológicos IV*, San Salvador, 2002, pp. 263-287.

concreto, por así decirlo, pero tampoco cualquier cosa concreta fue igualmente significativa para introducirnos en lo que realmente fue el Padre Arrupe durante su vida y en su significado para hoy.

Creo que fe y justicia es especialmente importante, tanto por lo que toca a la “fe” como por lo que toca a la “justicia”, y pudiera ser incluso lo más fructífero para acceder a todo el Padre Arrupe. Hay que tener en cuenta, aunque se suele pasar por alto, el carácter formalmente *holístico* de la fórmula fe y justicia. La *fe* incluye transcendencia, Dios, Jesús, gracia... La *justicia* incluye historia, compasión, praxis, opción, fraternidad... Ambas cosas son presentadas como lo que otorga contenido a la *identidad* y también como lo que exige una *lucha*, el modo dialéctico y duélico de enfrentarnos con los ídolos. Hay que erradicarlos, lo que no sucede sin cargar con ellos y sus consecuencias de persecución y cruz. Y no hay que minimizar que, el que la lucha sea *crucial*, remite operativamente al *magis* ignaciano. Sólo que aquí el *magis* no es sólo una deseable disposición del espíritu, sino necesaria.

De hecho, en aquellos años fe y justicia se convirtió en fórmula central entre los jesuitas para saber si íbamos o no por buen camino. Llegó a ser una especie de fórmula breve del cristianismo, lo que por aquel entonces buscaba Karl Rahner. Y en mi opinión, esa fórmula ofrecía una originalidad, radicalidad y alcance que no ofrecían otras fórmulas densas de aquellos años, aun las importantes, novedosas y magníficas. “Sacramento de salvación”, “pueblo de Dios”, “signos de los tiempos”, remitían a cosas fundamentales en teo-logía, cristolo-logía, eclesio-logía. Pero, tomadas como fórmulas en sí mismas, no aparecía en ellas tan claramente la dimensión práxica, dialéctica y duélica de la realidad cristiana, como en la fe y justicia. Esto no suplantaba a nada de aquello, ni lo hacía superfluo; más aún, necesitaba de todo ello, y de otras novedades que fueron apareciendo. Pero iba a la raíz de lo humano y de lo cristiano con una radicalidad especial, como no lo hacían las otras fórmulas. Mi convicción es que el Padre Arrupe, con su ser y hacer, iluminó lo que estaba en juego en la fórmula. Y a la inversa, la fórmula nos pone en camino seguro para llegar al fondo del Padre Arrupe.

Es lo que pretendo hacer ahora. Lo haré a modo de *reflexiones* personales, y me basaré, sobre todo, en *recuerdos*, algunos bien conocidos entre nosotros, otros más personales². En este contexto, cuando en este artículo cito a Ignacio Ellacuría, lo hago no sólo para aprovechar la lucidez de sus juicios, sino como parte muy importante de los recuerdos que conservo de aquellos años.

2. Estos días me han llegado varias peticiones de hablar sobre mis recuerdos del Padre Arrupe y su relación con Centroamérica. He accedido a ello y no he podido evitar repeticiones. Lo fundamental de este artículo apareció, resumidamente, en mi carta anual a Ignacio Ellacuría: “El Padre Arrupe. Un empujón de humanización”, *Carta a las Iglesias* 570 (2007) 4-7.

Quisiera ahora detenerme en el significado de escribir estas reflexiones “desde El Salvador”. Han pasado treinta años, pero para valorar *hoy* lo que el Padre Arrupe hizo por la “fe y justicia” es importante conocer realidades como la salvadoreña, lo cual no quita que en otros lugares, Japón ciertamente, no se podrán recordar y enfatizar otras cosas importantes del Padre Arrupe.

Pero además, El Salvador es importante —y en eso nos detendremos— porque su relación, como padre General, con los jesuitas que trabajaban en El Salvador (a los que hay que añadir los que trabajaban en Nicaragua y Guatemala)³, versó muy importantemente sobre lo que aquéllos hacían en la línea de “fe y justicia”. Hay que tener presente que los años de su generalato, 1965 - 1983, en los que fraguó institucionalmente la “fe y justicia”, coincidieron con los años más álgidos, creativos y conflictivos de la Compañía de Jesús en El Salvador, 1969⁴ - 1989⁵.

Las relaciones entre el Padre Arrupe y los jesuitas centroamericanos en aquellos años fueron muy intensas, más que con otras provincias. La razón es que, muy pronto, después de los ejercicios de 1969, los jesuitas, especialmente en El Salvador, tomaron un nuevo rumbo, con grandes y graves repercusiones, tanto dentro como fuera de la Compañía, lo cual exigía una especial atención de parte del Padre General. Y fueron también tensas. Vista desde Roma, la Viceprovincia centroamericana aparecía como un volcán, cuya explosión había que mitigar. Vista desde El Salvador, sin embargo, la explosión no tenía nada de sorprendente, pues la realidad en sí misma era explosiva. Baste recordar ahora que, refiriéndose a Centroamérica, el Padre Arrupe llegó a decir que “en ninguna otra parte de la Compañía había tal ‘división de ánimos’”⁶.

3. El primer punto del artículo citado de Ellacuría es “El Padre Arrupe visto desde la crisis centroamericana”, 6-11, *Escritos* IV, pp. 264-271, en que se analizan dichas relaciones. Véase también J. M. Sariego, “Arrupe y Centroamérica: historia de una pasión”, en G. La Bella, *op. cit.*, pp. 427-462.
4. En 1969 Ellacuría impulsó la idea de que la Vice-Provincia de Centroamérica hiciera los *Ejercicios* de san Ignacio en cuanto Vice-Provincia, no sólo como suma de jesuitas individuales, y así ocurrió. Ellacuría tuvo dos intervenciones fundamentales: “El problema del traslado del espíritu de los *Ejercicios* a la Vice-Provincia” y “El tercer mundo como lugar óptimo de la vivencia cristiana de los *Ejercicios*”, publicadas en *Escritos Teológicos* IV, San Salvador, UCA Editores, 2002, pp. 197-213 y 215-234. Se trataba de hacer las meditaciones sobre los *pecados* de la Vice-Provincia, su *misión* como liberación de la injusticia, el camino de la *pobreza* en favor de y con los pobres...
5. El 16 de noviembre de 1989 fue el final de una época en la Provincia. Fueron asesinados cinco jesuitas de la UCA, Ignacio Ellacuría, Segundo Montes, Ignacio Martín-Baró, Juan Ramón Moreno y Amando López, y el Padre Joaquín López y López, de Fe y Alegría.
6. Lo recordaba Ellacuría, quien tuvo conocimiento de primera mano, en “Pedro Arrupe” 8.

Visto en su conjunto, pienso que la relación del Padre Arrupe con los jesuitas en Centroamérica, y el contacto, a través de ellos, con la realidad centroamericana fue importante para que él llegase a profundizar en la fe y justicia. Con notable fuerza se le fue imponiendo la realidad de un país y de una Iglesia, que pasaban por situaciones verdaderamente excepcionales: inmensas mayorías, víctimas de opresión y represión, y una Iglesia volcada, en sus mejores miembros, a su liberación. Recordemos sólo un dato de aquellos años: siete jesuitas fueron asesinados en El Salvador —más otro desaparecido en Guatemala—, a los que hay que añadir otros ochos sacerdotes, cinco religiosas y un arzobispo. En El Salvador el mal dio de sí, pero también dio de sí, y más sorprendentemente, el bien. Creo que eso le llegó al Padre Arrupe de manera especial.

La conclusión es que era la realidad en sí misma, no una instancia ni una autoridad foránea, lo que forzaba a la Compañía, en El Salvador y en Roma, a repensar qué es ser humano y creyente, y también qué es ser jesuita. La realidad es lo que en definitiva apuntaba a la necesidad de la fe y justicia. En las palabras tan citadas de Ellacuría, esa tarea suponía para la Compañía “hacerse cargo de la realidad salvadoreña, encargarse de ella, cargar con ella y dejarse cargar por ella”. Creo yo que eso es lo que hicieron, cada uno a su modo, tanto los jesuitas en El Salvador como el Padre Arrupe en Roma. Y se encontraron inmersos en una vorágine histórica desconocida, vorágine del mal, pero también y sobre todo vorágine del bien.

Eso es muy importante para comprender el origen de la fe y justicia en El Salvador, aunque habrá que tener en cuenta otras cosas, como la reflexión teológica y las ciencias sociales que ya asomaban. En el caso del Padre Arrupe, además, hay que considerar otras muchas experiencias y conocimientos suyos a lo largo y ancho del mundo. Para el Padre Arrupe El Salvador no era todo, evidentemente, pero creo que tener que encontrarse con esa realidad ayudó a que sus capacidades excepcionales como persona dieran más de sí, y también su liderazgo como Padre General.

Y permítaseme un pequeño añadido al recordar la relación del Padre Arrupe con El Salvador: su relación con Monseñor Romero. Son recuerdos entrañables para muchos de nosotros, pero ayuda también a comprender nuestro tema, pues ambos, de diferentes formas, se vieron confrontados con la fe y justicia y con el precio que había que pagar por ello. Ellacuría, buen conocedor de ambos, y nada dado a retórica vacía, los consideró personas verdaderamente excepcionales. En un contexto preciso, al hablar del Padre Arrupe y su modo de ejercer la autoridad evangélica, hizo esta tajante afirmación: “Sólo conozco a otro hombre egregio⁷, que se le pueda comparar... es otro mártir, Monseñor Oscar Arnulfo Romero⁷,

7. Ellacuría escribió varios artículos sobre Monseñor Romero. Los dos más significativos son “Monseñor Romero, un enviado de Dios para salvar a su pueblo” y “La UCA ante el doctorado a Monseñor Romero”, *Escritos Teológicos* III, San Salvador, 2002, pp. 93-101 y 101-114. Ellacuría vio lo “egregio” de ambos en definitiva en

tan amigo del Padre Arrupe y tan consolado por éste en sus difíciles viajes a Roma”⁸.

Hablaban, uno del otro, con gran aprecio y cariño. Monseñor Romero menciona al Padre Arrupe varias veces en su diario. El 3 de mayo de 1979 escribe: “Fui a almorzar a la Curia Generalicia de los padres jesuitas. Y me hicieron el honor de ponerme en la mesa del Padre Arrupe con quien conversé antes de almuerzo sobre la situación eclesial de mi país. Y él también me contó varios proyectos de la Compañía en América Latina”. Y el 25 de junio de 1978 termina la narración de su larga conversación con el Padre Arrupe con estas palabras: “Es un hombre muy santo y se ve que el Espíritu de Dios lo ilumina”. Por su parte, el Padre Arrupe, en una entrevista con Pedro Miguel Lamet, en el mes de julio de 1983, ya con dificultades de dicción y con las limitaciones de un enfermo de gravedad, pero también con la libertad de quien ha consumado su carrera, preguntado por Monseñor Romero, dijo: “Sí, muy amigo mío. Se convirtió gracias al ejemplo del P. Grande”⁹. En otra ocasión ya había dicho —y ahora cito de memoria— “Monseñor Romero es un santo”.

Distintos en temperamento y en responsabilidad ministerial, muy semejante fue su entrega a Dios y a los que sufren, su fortaleza para enfrentarse con los poderes de este mundo y su gozo al ver florecer el evangelio. Y lo que ahora quiero recalcar es que también fue semejante en el fondo, aunque obviamente diferente en la forma, según la inmediatez o lejanía geográfica, su modo de situarse ante la realidad salvadoreña y la repercusión de ella en ambos. En cualquier caso entre los dos se produjo una gran sintonía espiritual, y también histórica, pues a los dos les tocó lidiar con parecidos problemas históricos y eclesiásticos, y beber de la misma fuente de vida: la entrega por amor de muchos. Tanto Monseñor Romero como el Padre Arrupe cargaron con una realidad excepcional y se dejaron cargar por ella. Y eso les iluminó también en su misión como arzobispo y como superior general. Esto no quiere decir, indudablemente, que la realidad de El Salvador influyera en la fe y justicia del Padre Arrupe más que ninguna otra. Pero sí influyó importantemente. En cualquier caso, justifica que en este escrito hagamos de El Salvador un principio hermenéutico de comprensión. No

la profundidad de su fe, de modo que, así lo he escrito -en cuanto se puede escribir de estas cosas—, creo que la misma fe de Ellacuría, lo más profundo de su persona, “fue llevada por la fe de monseñor Romero”, “Monseñor Romero y la fe de Ignacio Ellacuría”, en J. Sobrino, R. Alvarado (edits.), *Ignacio Ellacuría, “Aquella libertad esclarecida”*, San Salvador, 1999, pp. 11-26.

8. *Op. cit.* 7.

9. P. Lamet, “Las últimas confesiones del P. Arrupe”, en Manuel Acevez Araiza, S.J., *Pedro Arrupe, S.J. Un gigante del espíritu*, México, 1991, p. 254. En toda la entrevista el Padre Arrupe contesta con palabras breves, dada su limitación, pero tajantes, con total convicción y libertad.

sólo El Salvador, pero ciertamente sí aquel El Salvador, generó un dinamismo, quasi físico y espiritual, que empujó a muchos a hablar de y luchar por la fe y justicia.

Digamos para terminar esta reflexión introductoria que la finalidad de estas líneas es volver a hacer de la fe y justicia el contenido fundamental de “la lucha crucial de nuestro tiempo”. Pienso que hoy no es tan evidente, y que siempre acecha la tentación de lo *light*. En este contexto el recuerdo del Padre Arrupe puede ayudar.

2. “Vuelco” y “periferia”

He pensado cómo formular en dos palabras qué es lo que hizo el Padre Arrupe y desde dónde lo hizo. No es fácil, pero me he decidido por estas dos. El Padre Arrupe quiso que la Compañía diese un *vuelco*. Y lo fue viendo cada vez con más claridad desde la *periferia*.

Durante su generalato el mismo Padre Arrupe solía repetir una frase que corría en algunos círculos eclesíasticos y de la Compañía: “Un vasco fundó la Compañía de Jesús y otro vasco va a terminar con ella”¹⁰. El comentario era malintencionado, evidentemente, pero apuntaba a que algo importante estaba ocurriendo. Es lo que Pedro Lamet ha recogido con estas palabras: “el Padre Arrupe, una *explosión* en la iglesia”¹¹. Siguiendo la metáfora, pienso que el Padre Arrupe quería y trabajaba para que algo hiciese explosión en la Compañía. Quería y buscaba un cambio radical.

El lenguaje de “explosión”, como el de “gigante” del espíritu, con el que lo describe Manuel Aceves, es metafórico. Pero la necesidad de echar mano de metáforas, creo que provenía de la misma personalidad del Padre Arrupe, y él mismo hizo uso de lenguaje sin mesura en momentos importantes: *Otro “loco” como Tú*¹², titula una oración suya a Jesucristo. Las palabras usuales se quedaban cortas. Y así, por ejemplo, aunque usaba lenguaje del Concilio, pienso que lo que él buscaba tampoco se refleja de la manera más adecuada en términos como “cambios”, “reformas”, ni siquiera “renovación” y “*aggiornamento*”. Ésa es, al menos, mi percepción.

No veo fácil dar con la palabra más atinada. Quizás sirva la de *vuelco*. El Padre Arrupe trató de que la Compañía diese un salto, en el cual no se controla plenamente la dirección del movimiento y en el que hay riesgo de quiebre, pero

10. Lo recuerda Ignacio Ellacuría en un breve escrito, “El segundo general de los jesuitas vascos”, en *Escritos Teológicos IV*, San Salvador, 2002, pp. 257-261, p. 257. Se trata de un texto de los primeros años de la década de los ochenta.

11. Pedro Lamet, *Arrupe. Una explosión en la Iglesia*, Madrid, 1989.

12. J. A. García, *Orar con el Padre Arrupe*, Santander, 2007, p. 105.

por el que hay que pasar para acertar. El vuelco ocurrió, y su expresión más genuina fue la fe y justicia. Tenía claro que los jesuitas tenían que abandonar o superar cosas que les parecían importantes. No se arredró en internarse en el vacío que ello suponía, lo que fue un gran aporte. Y mayor aporte fue ayudar a que la Compañía llegase a asentarse sobre bases nuevas, insospechadas y necesarias.

El Padre Arrupe debió pensar —y puso a pensar a la universal Compañía— sobre cómo dar el vuelco. La tarea era extrema y difícil. Como analizaremos más adelante, vio la última exigencia y posibilidad del vuelco en Dios. Pero vio también que ya estaban ocurriendo cosas en la Iglesia —y en la sociedad— que tenían una exigencia y un potencial no sólo para cambios, sino para poner las cosas, de alguna forma, *patas arriba*. Las palabras pueden sonar exageradas, pero sin captar algo de lo que expresan tampoco se puede comprender lo que movió a convocar el concilio Vaticano II —“abrir ventanas para que entrase aire fresco”— y lo que éste generó. Y aunque fue un poco posterior, y posibilitado por el concilio, también fue vuelco Medellín, y por lo que toca a la fe y justicia todavía mayor que el concilio. No solamente había que volcarse al mundo, servirle y aprender de él, sino que había que volcarse a las inmensas mayorías pobres del mundo, servirles y aprender de ellas. Vuelco fue, ciertamente, que el primer capítulo de Medellín se titulase *Justicia*, y que sus primeras palabras fuesen éstas: “Existen muchos estudios sobre la situación del hombre latinoamericano. En todos ellos se describe la miseria que margina a grandes grupos humanos. Esa miseria, como hecho colectivo, es una injusticia que clama al cielo”¹³.

Dentro de esas novedades el Padre Arrupe promovió el vuelco de la Compañía. Ésta no tenía que empezar de cero, evidentemente, pero sí tenía que rehacer su historia y reconsiderar su identidad. El Padre Arrupe quería des-hacer el rumbo que, en buena parte, había ido tomando la Compañía a lo largo de los siglos. Quería enrumbarla según el concilio —y Medellín— lo cual, además, sentía él que la ponía en mayor sintonía con san Ignacio, con un pasado de calidad y de creatividad, no de rutina. Y ese camino le hizo avanzar más allá de lo pensado durante el concilio.

Es importante detenernos un momento en la necesidad objetiva del vuelco. A lo largo de los siglos, en el modo fundamental de proceder y de comprenderse los jesuitas, se habían ido dando desplazamientos importantes con relación a la intuición e intención originales de san Ignacio. Ellacuría, al pensar en lo que el Padre Arrupe tenía por delante, lo ejemplifica resumidamente en un punto: la libertad y la gracia “estaban sobreprotegidas y sometidas a la ley y a la estructura institucional”¹⁴. De esta forma, la Compañía —y en general la vida religiosa— resguardaba a los jesuitas de la realidad en lugar de abrirlos a ella y empujarlos

13 *Justicia* 1.

14 “El segundo general”, p. 258.

a introducirse en ella, con sus conflictos y peligros, y también con sus promesas y esperanzas. En este contexto el vuelco suponía introducirse en el mundo del ateísmo, en cuanto alternativa a la fe, y, sobre todo, habérselas con la realidad de la injusticia, destructora de la creación de Dios.

La sobreprotección no era lo más cristiano, ni lo más ignaciano. Cuando el Padre Arrupe asumió las riendas de la Compañía, sólo con dificultad tenía ésta capacidad de humanizar a un mundo cada vez más nuevo y moderno, y de garantizar futuro al cristianismo en ese mundo. Pienso que así lo vio el Padre Arrupe. Esto no suponía, evidentemente, querer des-hacer la Compañía, pero tampoco significaba introducir en ella sólo cambios, aunque fuesen notables. Más adecuado me parece hablar de re-hacer la Compañía, y para ello había que volver, en serio, a Jesús y, en la debida proporción, a san Ignacio. En cualquier caso, al morir el Padre Arrupe la Compañía era otra, sin encontrar en otras épocas —ciertamente después de la restauración— algo comparable. Desde el generalato del Padre Arrupe 49 jesuitas han sido asesinados por la *fe y justicia* en el tercer mundo. Es la expresión más clara —y más eximia— del vuelco.

Llevarlo a cabo era tarea difícil y delicada. Queriéndolo o no, se tocaban las *raíces* de la Compañía, de lo humano y de lo cristiano. Había que destruir y construir. A cualquiera que quisiese dedicarse a una tarea semejante se le exigían cualidades y talentos, que el Padre Arrupe, también con limitaciones, poseía en abundancia. Pero, si de trabajar con *raíces*, se trata, se exigía, muy específicamente, *radicalidad* para enterrar lo viejo caduco y para dar a luz lo nuevo vivificante. No había que ignorar formas de continuidad entre lo antiguo y lo nuevo, y el Padre Arrupe siempre trató el tema con delicadeza, pero no hay que pensar que una continuidad *correcta* es cosa fácil. Siempre está al acecho la tentación de la continuidad *barata* —lo que Bonhoeffer decía de la gracia—, que impide el vuelco, o que éste sea el que realmente se necesita. Mantener lucidez y *parresía* para dar a luz un vuelco no suele ser normal, y menos en posiciones de autoridad. Pero ocurrió con el Padre Arrupe —también en esto muy parecido a Monseñor Romero.

En el origen de todo estaba Dios, la *ultimidad última*. Pero en su relación con Dios el Padre Arrupe introdujo otra ultimidad, al igual que hizo Monseñor Romero. Hablando de éste decía Ellacuría: “Sobre dos pilares apoyaba su esperanza: un pilar histórico, que era su conocimiento del pueblo, al que él atribuía una capacidad inagotable de encontrar salidas a las dificultades más graves, y un pilar trascendente, que era su persuasión de que últimamente Dios es un Dios de vida y no de muerte, que lo último de la realidad es el bien y no el mal”¹⁵. También don Pedro Casaldáliga, en términos provocativos y dialécticos, habla de dos ultimidades: “todo es relativo menos Dios y el hambre”¹⁶.

15. “La UCA ante el doctorado concedido a Monseñor Romero”, *ECA* 437 (1985) 174.

16. En entrevista a E. Lallana, Sao Felix de Araguaia, 10 de enero de 2007.

También en el Padre Arrupe hay dos pilares últimos. El primer pilar es Dios, indudablemente, y podrá pensarse cómo formular de la mejor manera posible el segundo. El sufrimiento humano, ciertamente, le afectó con ultimidad. Lo confiesa cuando por primera vez visitó barriadas pobres en Madrid como estudiante, o cuando en Lourdes sintió de cerca el dolor de la enfermedad —y en Hiroshima. Pero cada vez le fue afectando más un sufrimiento humano específico: el sufrimiento *masivo*, de pueblos enteros; *básico*, muerte —en tiempos normales, no de guerra—, hambre y enfermedad; *cruel*, indignidad y desprecio; *injusto*, opresión y represión. Y dejó que de ese sufrimiento aflorara la gran pregunta a todos y, muy directamente, a la Compañía: qué parte tenemos en él, qué vamos a hacer para reparar ese sufrimiento —y no es pequeña cosa comenzar pensando en reparación—, para erradicarlo y redimirnos.

Ese proceso de ir re-sintiendo y re-formulando la ultimidad sufriente de los seres humanos me parece importante para comprender el vuelco que le tocó dar, y dio, como superior general. Y es igualmente importante, y no mera curiosidad, saber en qué *lugar real* fue fraguando el vuelco. Alguno podrá decir que, en el caso del Padre Arrupe, el lugar no era tan decisivo, dadas sus extraordinarias cualidades para sintonizar *con todo y en profundidad* en cualquier lugar. Pero eso no lo explica todo, y sería empobrecedor presentarlo así.

Los años del vuelco de fe y justicia los pasó, de hecho, en Roma. Pero el Padre Arrupe no encontró allí, en el centro de la cristiandad, en Europa, en Occidente —es decir, lugares de poder en sus diversas expresiones— la savia de la que vive la raíz de las cosas, ni el aliento para dar el empujón al vuelco. Antes había vivido muchos años en la periferia, y como muchos otros, comenzando por Francisco Javier, descubrió que la realidad más real, ciertamente la que tiene más capacidad para configurar la vida de un jesuita, no es la que está en el centro, sino la que está en la periferia, en el mundo del *otro*, tantas veces pobre y pequeño, despreciado y oprimido, ignorado e inexistente. Se dice del Padre Arrupe, con razón, que es “hombre universal”, pero pienso que llegó a serlo desde la *periferia*. El suyo fue un “universalismo” cualificado, “desde la parcialidad”.

En mi opinión también el Padre Arrupe, como Monseñor Romero, o el Padre Rutilio Grande entre nosotros, pasó por la experiencia fundamental de la *periferia*. Dicho sin ninguna ironía, Arrupe propició el vuelco de la Compañía en Roma, pero no *desde* Roma. Lo propició *en* un mundo en el que se mueve el poder, pero no *desde* el poder que se mueve en ese mundo. La luz para ver y la savia para mantener viva la radicalidad que había recibido como don de Dios, vinieron de la periferia, y allí crecieron.

Ellacuría lo escribió con toda precisión: “Arrupe descubrió también el mundo de hoy. Pero con una particularidad. El mundo no se reduce a lo que se ve desde Roma, desde Europa, ni siquiera desde occidente. Había sido un hombre de periferia misionera... Aunque estaba dispuesto a enfrenarse con todos los avances de

la ciencia y de la cultura de hoy, no estaba dispuesto a olvidar el desafío del tercer mundo, sin el cual no es comprensible el estado actual de la humanidad"¹⁷.

Desde la periferia impulsó en la Iglesia, pioneramente, la inculturación, comprensible por sus 27 años en Japón. Allí entendió que un jesuita no puede des-culturizar, y así des-humanizar, trabajando para que la periferia se parezca al centro, sino que debe inculturar el evangelio, y debe estar abierto a dejarse evangelizar por lo bueno "del otro". Hay que mantener la universalidad del Padre Arrupe, por carácter y cualidades, pero es más necesario insistir en que fue una universalidad *crisiana*, desde la periferia¹⁸.

3. Fe y justicia

Tras su experiencia en Japón, en la vida del Padre Arrupe, y ya como superior general, hubo otra experiencia profunda de periferia: enfrentarse con la pobreza y la miseria, producto de la insolidaridad y la injusticia. La pregunta era qué hacer, y la respuesta la dio la CG 32, promovida y conducida por él: hay que reaccionar con fe y justicia. Es el vuelco fundamental.

Esto significaba poner fin a una larga historia de inconsciencia y aun pecaminosidad eclesial. "En la Iglesia de occidente, la fe y la justicia habían estado si no divorciadas —y cada una en busca de otro casamiento— al menos muy separadas. En vez de la justicia, se iba por el camino de la caridad limosnara. Arrupe y su congregación quisieron dar un vuelco decisivo a esta situación verdaderamente escandalosa para la fe"¹⁹. El Padre Arrupe hizo que volviesen a caminar de la mano. Lo vio, con toda claridad, como voluntad de Dios.

No vamos a hacer ahora un análisis sistemático de su pensamiento sobre la justicia²⁰. Nos vamos a concentrar en su disposición a hacer de ella algo central. Sobre el aporte del Padre Arrupe a la fe hablaremos al final.

La primera disposición suya fue la de llegar a lo profundo de las cosas, acompañado, sí, de tradiciones y textos, algunos beneméritos y aun obligantes, pero, en definitiva, en cruda soledad ante la realidad.. Lo suyo no era un estar

17. "El segundo general" 259s.

18. Ellacuría piensa que el Padre Arrupe veía en América Latina una periferia cualificada. "Veía en la Iglesia de América Latina una auténtica reserva para la Iglesia universal (por la importancia numérica de los bautizados; por la unidad de toda ella en una misma fe; por los pobres que en ella misma viven y que por ese mismo hecho la sitúan entre los preferidos de Dios; por la generosidad con que ha dado verdaderos mártires por la causa de la justicia); pensaba que toda ella —y, dentro de ella, especialmente los religiosos— tenía un gran porvenir y una enorme responsabilidad", "Pedro Arrupe" 20.

19. *Op. cit.*

20. Véase Matías García, "Arrupe y la justicia", en Gianni La Bella, *op. cit.*, pp.753-791. Un buen resumen en M. Maier, *op. cit.*, 23-35.

inerte en ella, o un estar meramente intencional, sino un estar real. Por ello, era un estar dispuesto a erradicar lo malo y construir lo bueno que la realidad exige. Un estar dispuesto a cargar con el peso y las exigencias de la realidad. Y un estar dispuesto a dejarse cargar por la bondad y la gracia de las que está transida. Ese estar y esa disposición mostraban el primado que Arrupe daba a la realidad. Honradez ante la realidad de las cosas y fidelidad a lo que exigen fueron profundas actitudes suyas.

Por lo que toca a la justicia, y más en concreto en América Latina, lo primero que hizo fue ponerse ante la realidad, sin ignorar los mejores pre-jucios de la tradición, pero sin suponer eficazmente, como ha ocurrido muchas veces, que nada radicalmente nuevo podría provenir del tercer mundo. El Padre Arrupe vio la realidad y la escuchó. Por aquellos mismos años decía Karl Rahner, especulativamente, que “la realidad quiere tomar la palabra”. Y Arrupe, nombrado general en 1965, poco antes de Medellín, captó muy bien la palabra que, después de siglos, pronunciaba la realidad en América Latina. Era un clamor, radical en el tono y radical en el contenido. Ya lo hemos dicho: “la miseria como hecho colectivo es una injusticia que clama al cielo”. Creo que esta radicalidad para ver las cosas así le acompañó siempre²¹.

Escuchar este clamor había sido todo menos evidente. Con algunas excepciones, la Iglesia y la Compañía no lo habían escuchado. Para ello era necesario estar a la altura del clamor de las mayorías empobrecidas, y Arrupe, junto con otros, como un don Helder Camara, sí lo estaba.

Ya hemos dicho que para el Padre Arrupe escuchar el clamor de la injusticia tiene una historia. Estudiando medicina en Madrid, como miembro de las conferencias de San Vicente fue a visitar familias pobres en los suburbios de la capital. Por primera vez se enfrentó con la miseria y con situaciones de injusticia. Y lo recuerda así: “aquello, lo confieso, fue un mundo nuevo para mí. Me encontré con el dolor terrible de la miseria y el abandono. Viudas cargadas de hijos que pedían pan sin que nadie pudiera dárselo; enfermos que mendigaban la caridad de una medicina sin que ningún samaritano se la otorgase... Y, sobre todo, niños, muchos niños, medio abandonados unos, maltratados otros, insuficientemente vestidos la mayor parte y habitualmente hambrientos todos”²². La cita es bella, pero es, además, ilustrativa. El Padre Arrupe reconoce que descubrió “un mundo nuevo”, y lo hace a modo de “confesión”, como si lo debiera haber descubierto mucho antes —ya veremos que también “confesó” que los jesuitas lo debieran haber descubierto antes.

21. El Padre Arrupe solía decir que Medellín había sido más radical que Puebla.

22. Véase el texto en M. Maier, “Pedro Arrupe, testigo y profeta”, en *El Padre Arrupe*, p. 12.

Lo definitivo fue captar la inmensa pobreza de millones de seres humanos, que pasan hambre, enferman y mueren lentamente por causas estructurales —es la versión “en tiempos de paz” de la crueldad mayoritaria, injusta y cruel que vivió en Hiroshima “en tiempos de guerra”. El concilio, y claramente Medellín, le ayudaron a comprender que las raíces de la pobreza son históricas y estructurales, y que para erradicarlas es necesaria la justicia. No era obvio, y no todos lo comprendieron, pues se trataba de relacionar inseparablemente “justicia” y “Dios”, no sólo a nivel de ética, sino de *teo*-logía, lo cual era una novedad radical. La tradición eclesial, cristiana, experta en caridad y en preocupación por los pobres —muchas veces de modo evangélico—, estaba prácticamente en ayunas en justicia y liberación de los oprimidos. Y eso que así comienza la automanifestación de Dios: “Bien vista tengo la aflicción de mi pueblo. He escuchado el clamor que le arrancan sus capataces. Conozco sus sufrimientos, y he bajado a liberarlos”. Es un verdadero enigma que el pórtico inaugural de la revelación de Dios, proseguido por los profetas y Jesús, no se tradujese, con excepciones, en núcleo central del ser y hacer cristianos a lo largo de la historia. Peor aún, que quienes apuntaban a ello con frecuencia fuesen ignorados e incluso perseguidos.

El Padre Arrupe, como persona, fue re-haciendo su visión de Dios y de la justicia. Pero además tuvo que integrar en ello un hecho fundamental: en 1965 se convierte en superior general de una orden de 36.000 miembros. Esto significaba que era responsabilidad suya importante que toda la Compañía, no sólo él, rehiciese su fe de modo que ésta hiciese espacio para la justicia. Y de ahí que el aporte más importante del Padre Arrupe a la fe y justicia, mayor de lo que él pudiese hacer individualmente, fuese mover a toda la Compañía en esa dirección. Era lo más importante y también lo más difícil. Y significaba también que, como superior general, se movía en el ámbito de los poderes de este mundo, eclesiásticos y civiles. Por eso, a él se quejaban obispos y enviados de gobiernos, cuando no estaban de acuerdo con lo que los jesuitas estaban haciendo en favor de la justicia. Es fácil de comprender el peso que caía sobre los hombros del Padre Arrupe. De nuevo, más que su actividad personal, fue un gran aporte suyo mantener a la Compañía en esa dirección en contra de adversarios y enemigos poderosos.

Su mayor aporte consistió, según pienso, en hablar de la fe y justicia *unificadamente*, y en hacer de ello *lo fundamental de la misión de la Compañía*. En una famosa conferencia sobre “La inspiración trinitaria del carisma ignaciano” dijo que la situación del mundo “pone en tensión las fibras más íntimas de nuestro celo apostólico y las hace estremecerse”. Y concluye: “la lucha por la fe, la promoción de la justicia, el empeño por la caridad son nuestra ambición, y en eso tenemos nuestra razón de ser”. Y con su honradez característica recuerda “las deficiencias pasadas en el servicio de la fe y promoción de la justicia”²³.

23. Los textos están tomados de M. Maier, *op. cit.*, p. 27.

Esta opción por la fe y la justicia le causó al Padre Arrupe mil dolores de cabeza, ataques, distanciamientos. Alianzas de siglos fueron puestas en cuestión. Y supuso también —al menos en principio— el fin de cierta autocomplacencia que suele asomar en la tradición de la Compañía. Se hizo famosa una conferencia suya de 1973 a los antiguos alumnos de la Compañía de Jesús en España, en Valencia:

Nosotros, jesuitas, ¿os hemos educado para la justicia? Si al término ‘justicia’ y a la expresión ‘educar para la justicia’ le damos toda la profundidad de que hoy la ha dotado la Iglesia, creo que tenemos que responder con toda humildad que los jesuitas no os hemos educado para la justicia tal como Dios la exige de nosotros, y creo puedo pedirlos también a vosotros la humildad de responder igualmente que no, que no estáis educados para la justicia y que tenéis que completar la formación recibida²⁴.

Son palabras mayores. El Padre Arrupe no concluyó ahí. Animó a llenar esos vacíos y a que los colegios de los jesuitas respondiesen a las exigencias de la justicia. No sería fácil, advirtió, pero había que intentarlo. Con todo, sus palabras causaron conmoción. El presidente de la Asociación de Antiguos Alumnos presentó la dimisión.

En torno a la justicia, y no en torno a cualquier práctica cristiana, se le plantearon al Padre Arrupe dos problemas de difícil solución que aparecían en los procesos de liberación en los que estaban presentes algunos jesuitas. Los afrontó con honradez y decisión. El primero era la violencia. En eso su postura era muy clara: en sí misma no es evangélica y hay que evitarla, y por ello no estaba de acuerdo en que los religiosos tomaran parte activa en la lucha armada. El segundo era el análisis marxista, sobre el cual tuvo un juicio mucho más matizado. Así lo muestra la instrucción que escribió sobre este tema, tras una consulta previa a varios jesuitas expertos en el asunto, y que tuvo dos redacciones. En conjunto no hay ni aceptación ingenua ni rechazo dogmático del marxismo. Sí fue más crítico con la praxis marxista estrictamente política, sobre todo si implicaba “más que una lucha de clases, un odio de clases que condujera a la violencia —cosa que tiene muy poco que ver con el marxismo científico”, y trataba de impedir “con prudencia, pero también con firmeza”, la afiliación política de los jesuitas²⁵.

El tema de la justicia también le hizo interesarse con seriedad por la teología de la liberación. No llegó a tener suficientes conocimientos técnicos, pero sí leyó algunas obras significativas. “Su impresión era que dicha teología estaba aún por hacer; pero animaba a hacerla, porque apreciaba su importancia y la objetividad con que estaba siendo elaborada, aparte de que conocía a algunos de los que la cultivaban creativamente y buscaban con toda seriedad dar a su esfuerzo

24. *Ibid.* p.32.

25. Las puntualizaciones son de I. Ellacuría, “Pedro Arrupe”, 22.

una profundidad verdaderamente teológica y científica”²⁶. Pero, como en el caso de Monseñor Romero, captó muy bien lo que está tras esa teología, y su potencial para la justicia y para la fe. Fue buen amigo de Gustavo Gutiérrez. Y en junio de 1976, para mi sorpresa, me llamó a Roma porque, antes de efectuar un viaje por América Latina, quería hablar con algún teólogo sobre la teología de la liberación.

Todo lo que hemos dicho hasta ahora sólo pretende mostrar que el Padre Arrupe tomó en serio la justicia y todo lo que implicaba. Mantuvo su importancia decisiva hasta el final y enfrentó creativamente las dificultades que ocasionaba luchar por la justicia. La expresión más clara del movimiento que le animaba, y que él animaba, es el decreto 4 de la CG 32, momento álgido y punto de inflexión en la vida de la Compañía. Para comprenderlo bien hay que tener en cuenta otras muchas cosas: el concilio, Medellín, el Sínodo sobre la justicia en el mundo de 1971, los avances de la exégesis, la teología de la liberación, y también los avances del pensamiento social y de los movimientos populares, la mayoría de los cuales estaban configurados por alguna forma de marxismo, las prácticas de inserción entre los pobres, la solidaridad con ellos... Todo ello, junto con persecuciones y martirios, preparó el decreto 4.

El Padre Arrupe vio la CG 32 como absolutamente necesaria para dar el último paso del proceso que, en 1965, había comenzado, pero no acabado, la CG 31, que le eligió como general y le encomendó la renovación de la Compañía. La conveniencia de convocar o no congregación general, sin embargo fue controvertida. El 4 de octubre de 1970 la congregación de procuradores se había mostrado contraria a la convocatoria, con 91 votos en contra y 9 a favor. Pero pocos días después, el 25 de octubre, no obstante ese voto tan claro en contra, el Padre Arrupe, con una carta abierta a toda la Compañía, además de comunicar el resultado de la votación, anunciaba, como decisión suya propia, la convocatoria de la Congregación General 32. Y añadió que era “la decisión más importante de todo su generalato”²⁷. A mi modo de ver no le faltaba razón. Fue para él el modo de dar el *vuelco* y de que en la Compañía fuese central la *periferia*.

Bajo su guía y aliento la congregación se hizo la pregunta más radical que los jesuitas se habían hecho en muchísimo tiempo: “qué significa hoy ser compañero de Jesús”. Y la respuesta fue inaudita, como hemos visto: “comprometerse bajo el estandarte de la cruz en la lucha crucial de nuestro tiempo: la lucha por la fe y la lucha por la justicia que la misma fe exige”²⁸. La Compañía puso manos a la obra, con diversos ritmos, y con mayor o menor intensidad, pero echó a andar por un camino nuevo. Para el Padre Arrupe fue causa de alegría ver nacer

26. *Ibid.* 21.

27. Véase Gianni La Bella, “La crisis del cambio” en Gianni La Bella, *op. cit.*, p. 897s

28. Sobre el tema escribí “Servicio de la fe y promoción de la justicia”, en *Resurrección de la verdadera Iglesia*, San Salvador 1986, pp. 74-92.

una Compañía más parecida a Jesús, con muchos mártires por la justicia. Y fue también fuente de disgustos dentro de la Compañía y de conflictos fuera de ella, con los poderes de este mundo, y con el Vaticano. La “fe y justicia” le ocasionó sinsabores y conflictos con Pablo VI, Juan Pablo I y Juan Pablo II.

Se puede discutir cuál fue el aporte específico del Padre Arrupe. Sus documentos y cartas fueron iluminadores. Pero, en mi opinión, más importante fue la convicción y credibilidad con que comunicaba los textos de la Congregación y urgía ponerlos en práctica. Y lo más importante es la raíz de donde crecía todo: escuchar el clamor de los oprimidos —ese hombre de Dios no podía no escuchar los clamores de los pobres— y reaccionar con toda su persona —y con todo el peso de la universal Compañía. Ya hemos dicho que pocos lo habían hecho antes, con radicalidad, en la Iglesia y en la Compañía. Por ello, siendo importantes sus directrices generales, su aporte más específico y efectivo fue guiar, empujar y aguantar, mover a la Compañía yendo él delante, que eso es ser líder, cargando con los graves problemas que le ocasionaba, contagiando convicción, compromiso y esperanza, y no rehuyendo riesgos y conflictos. Y todo ello, con libertad creadora, no como quien sigue, a regañadientes, una doctrina ya constituida, *ley* en definitiva, sino como quien se deja llevar por la fuerza del *Espíritu de Dios*. Y siempre “fijos los ojos en Jesús”, como dice la Carta a los Hebreos. Por ello arriesgó la tranquilidad y la salud. Y en ello, en definitiva, le fue la vida.

Al final de su vida el Padre Arrupe reconoció que a la fe y justicia se llegó a través de un proceso. “Sí, se fue desarrollando hasta llegar al decreto IV de la Congregación General. Hoy hay ya estudios magníficos sobre la relación de la fe y la justicia”²⁹, le comentó a Pedro Lamet en la enfermería. Éste seguía hurgando con delicadeza: “pero muchos les han acusado de marxistas. Arrupe se rió encantadoramente”. Y, sin responder en directo, dio la mejor respuesta que lo explicaba todo: “Hoy hay muchos que han dado su vida por esa dimensión de la fe. Hay muchos nuevos mártires jesuitas, como Rutilio Grande”³⁰.

Ya lo había profetizado la Congregación General XXXII: “no trabajaremos en la promoción de la justicia sin que paguemos un precio” (D 4, 46). El citado libro editado por Gianni La Bella termina elocuentemente con la lista de los jesuitas asesinados en el tercer mundo por la “fe y justicia” desde el generalato del Padre Arrupe. En total, son 49 jesuitas en el tercer mundo. De la provincia centroamericana, el Padre Rutilio Grande y los mártires de la UCA, más el Padre Carlos Pérez Alonso —del cual poco solemos hablar—, jesuita “desaparecido” en Guatemala en 1981 por los tenebrosos militares de aquel país. Como encabezado de la lista se leen estas palabras del Padre Arrupe:

29. *Op. cit.*, p. 254.

30. *Ibid.*

Éstos son los jesuitas que necesita hoy el mundo y la Iglesia. Hombres movidos por el amor de Cristo, que sirvan a sus hermanos sin distinción de raza o de clase. Hombres que sepan identificarse con los que sufren y vivir con ellos hasta dar la vida en su ayuda. Hombres valientes que sepan defender los derechos humanos hasta el sacrificio de la vida, si fuera necesario³¹.

Son palabras que escribió siete días después del martirio del Padre Grande. El Padre Arrupe, a diferencia, a veces, de la Iglesia institucional, sí supo qué hacer con los mártires de la justicia. Sin rutina, con agradecimiento, con gozo. En ellos vio la gloria de la Compañía. Y en ellos, y en tantos otros como ellos, sintió la presencia de Dios en nuestro mundo.

4. La lucha por la justicia en Centroamérica³²

Quiero ilustrar lo dicho hasta ahora, en términos concretos y personales, recordando la relación del Padre Arrupe, como superior General, con los jesuitas de El Salvador —también con los de Guatemala y Nicaragua— desde 1970 a 1981. Y comenzamos por las relaciones de los primeros años, de 1970 a 1976, pues fueron muy poco habituales, tanto en la provincia como en la curia de Roma con relación a aquélla.

Poco después de los ejercicios que hizo la Viceprovincia en 1969³³, un grupo de jesuitas, notable y bien preparado, se embarcó en “la lucha por la justicia” aun antes de la CG 32. No podían, pues, apelar a una instancia institucional de máxima autoridad, aunque para ello ya había inspiración en el concilio, Medellín y la misma Compañía. La novedad fue impresionante, tanto en la provincia como en la reacción de la curia de Roma. Muchas cosas estaban en juego. Ante todo el cambio en la misión de la Compañía en Centroamérica —más el cambio de lo que es anejo a la misión: espiritualidad, teología, reinterpretación de la tradición ignaciana, vida de comunidad... El Padre General tenía que decir su palabra autorizada sobre todo ello, y sobre otras cosas íntimamente relacionadas: la pobreza, la unión de los ánimos, la formación... Y al ponerse en relación con una provincia en “trance de novedad”, el Padre Arrupe tenía que mostrar *in actu* cómo comprendía él el ejercicio de la autoridad y de la obediencia. Y así ocurrió. Todo ello irá mostrando cómo el Padre Arrupe iba entendiendo *in actu* la fe y justicia. Centroamérica era sólo una provincia, una pequeña parte del tercer mundo, y no se podía sacar una tesis universal de cómo proceder. Evidentemente. Otra cosa será la India y los dalits, el Africa de los países subsaharianos, los vietnamitas en barcos sin rumbo... Pero creo que lo que ocurrió en Centroamérica ayuda a conocer al Padre Arrupe. Fe

31. Giani La Bella, *op. cit.* p. 1059.

32. Véase J. M. Sariego, “Arrupe y Centroamérica: historia de una pasión”, en *op. cit.* pp. 446-462.

33. Véase nota 4.

y justicia para él era ante todo *eso*: lo que ocurría, y debía ocurrir, en Centroamérica, en la India, en Africa, con todas las limitaciones que había que superar, con todos los errores que había que corregir, con todo el potencial que había que poner a producir. En mi opinión, ése es el mejor camino —sin excluir el estudio de sus escritos— para entender la fe y justicia según el Padre Arrupe. Veámoslo en el caso de Centroamérica.

Ya hemos dicho que en los primeros años existió una fuerte tensión entre la provincia y Roma. La razón fundamental es que, antes de la CG 32, en El Salvador los jesuitas habían intentado el camino de la justicia. Se respiraba ilusión, responsabilidad, urgencia y ganas de trabajar. Y surgieron también conflictos, antes impensables. En el seminario San José de la Montaña no cayó bien a la jerarquía la novedad de Medellín que impulsaban los jesuitas, y tuvieron que abandonar el seminario y su dirección, que habían llevado durante más de treinta años. El gobierno de la república puso una demanda judicial contra el colegio Externado san José por “enseñar marxismo” y por “poner a los hijos en contra de los padres”³⁴, y amenazó con expulsar del país a algunos jesuitas que no eran ciudadanos salvadoreños. En 1972 el Padre Rutilio Grande, con otros tres jesuitas, fue a Aguilares, defendió a los campesinos y denunció la opresión que ejercían los cañeros, “hermanos cañes” los llamó. Lo asesinaron en 1977, y sus compañeros fueron apresados, vilmente, y expulsados del país. La UCA muy pronto apoyó la necesidad de una reforma agraria, denunció el fraude electoral del 72, la opresión de la oligarquía y la represión del ejército, y la estructura injusta del país.

Aun antes de la Congregación General 32, y sin llamarlo así, todos esos esfuerzos eran una misión según la fe y justicia. Y también se abría camino entre los jesuitas la teología de la liberación, el apoyo a las comunidades, el Jesús del reino, la reinterpretación de los Ejercicios de san Ignacio desde el “hacer redención”, el “ponerse ante Cristo —todo un pueblo— crucificado”, el elegir, intentar al menos, “el camino de la pobreza, los oprobios y menosprecios, y la humildad, en contra del camino de la riqueza, los honores mundanos y vanos, y la soberbia”.

En la tarea los jesuitas pusieron ánimo y lucidez evangélica, pero lo hicieron también con limitaciones, exageraciones y errores. Y se generó una gran división en la provincia. En conjunto, la experiencia asustó a Roma. El Padre Arrupe captó bien la división, a la que había que poner remedio³⁵. También captó bien el peligro —no necesariamente la realidad, y en cualquier caso habría que cuantificarla con cuidado— de pérdida de identidad cristiana. Visto en retrospectiva

34. Los estudiantes tenían que visitar fincas y preguntar cuánto ganaban los trabajadores.

Se puede suponer la reacción cuando hablaban sobre ello en sus casas.

35. Véase lo dicho en nota 6.

y usando lenguaje de aquel entonces, le asustaba que tras “el reino de Dios” que había que anunciar e iniciar, quedase escondido “Jesucristo”. En 1976, en una oración que escribió el día del Corpus, hablando con Cristo, le dice:

Quando las necesidades de la humanidad nos exigen un apostolado y un servicio mucho más peligroso y difícil que antes, parece que deberíamos tener más necesidad de un contacto íntimo y continuo contigo para poder ganar el mundo para Ti, pero es precisamente ahora cuando se diría que hay muchos jesuitas que, si no de palabra, al menos con los hechos parecen mostrar que no te necesitan. ¿Es verdad? ¿Son sinceros? ¿No se engañan?³⁶.

Esta queja ante el Señor no la hace sólo ni principalmente, por lo que yo sé, por lo que ocurría en la viceprovincia centroamericana. Como explicaré más adelante, para esa fecha —el Corpus fue el 17 de junio de 1976— el Padre Arrupe ya había cambiado su visión sobre la viceprovincia, pero me ha parecido importante recordarlo, pues, sin duda, fue su mayor temor ante la nueva dirección que tomaba la misión, lo cual, por otra parte, él mismo estaba promoviendo: no tanto que los jesuitas, en las escaramuzas de la lucha por la justicia, se dejasen cautivar por el marxismo —lo que sí era el temor de otros—, sino que perdiesen el *sensus Christi*³⁷.

Volvamos a las tensiones con la provincia. Además de las limitaciones reales, el Padre Arrupe al principio no estuvo bien informado y pienso que tampoco estuvo bien asesorado. Tal era la novedad. Quiso corregirla y, si era necesario, frenarla. Aconsejó, por ejemplo, que el Padre Ellacuría, líder de la nueva dirección en la viceprovincia, quien era entonces delegado de formación, teólogo de la fe y justicia, exegeta de san Igancio desde el tercer mundo, permaneciera en Madrid colaborando con Zubiri, es decir, alejado de Centroamérica. A final de 1974 nos avisó seriamente de la posibilidad de clausurar los estudios de teología, los que, con su autorización, habíamos comenzado en marzo de ese mismo año.

Aunque pienso que con honradez fundamental de parte y parte, las relaciones fueron tensas. Si lo recuerdo ahora es por dos razones. La primera es para

36. “No lo entiendo! ¡Enseñame!”; en J. A. García, *Orar con el Padre Arrupe*, Santander, 2007, p. 64.

37. En Carta del 19 de marzo de 1977 a toda la Compañía, después del asesinato del P. Grande, escribe. “Para poder cumplir con esta misión la Compañía tiene que contar hoy con hombres y comunidades llenas del “sensus Christi”, que sirvan a Cristo sin limitación ni reservas, que vivan con gozo la simplicidad evangélica y el holocausto continuo... Este es el secreto del verdadero éxito de nuestra misión en la Iglesia”. Una de sus alocuciones a la Compañía más importantes fue *El modo nuestro de proceder*, el 18 de enero de 1979. Termina con una especie de oración que titula *Jesucristo modelo*. Y comienza con estas palabras: “he descubierto que el ideal de nuestro modo de proceder es el modo de proceder tuyo”, en J. A. García, *op. cit.* 43.

afirmar que, en contra de lo que a veces se decía, el Padre Arrupe gobernaba de verdad, y lo hizo —con aciertos y errores— en aquellos años difíciles. El Padre Ellacuría, muy implicado en la crisis, lo reconocía con toda claridad: “daba directrices y buscaba que se cumplieran; daba órdenes, a veces dolorosas, y exigía su cumplimiento”³⁸. Y recordando aquellos tiempos, reconoce con admiración que en su modo de gobernar “no sólo escuchaba a quien quería representarle otro punto de vista, sino que llamaba paternalmente para que la orden en cuestión surgiera como resultado de un conocimiento iluminado”³⁹. Lo que quiere recalcar Ellacuría es que el suyo era un modo de proceder evangélico, que hacía más fácil obedecer aunque lo mandado fuese difícil, incluso oscuro. Y ese modo evangélico de proceder también hacía fácil para el Padre Arrupe cambiar sus decisiones, “porque no se consideraba infalible ni tenía miedo a perder autoridad”⁴⁰.

Esto último, “cambiar”, ocurrió de forma extraordinaria, y muestra a un Padre Arrupe realmente evangélico —y es la segunda razón para recordar aquellas crisis. Llegó a estar mejor informado sobre la realidad de la Viceprovincia, y creo también que los jesuitas estuvieron más dispuestos a corregir errores y limar exageraciones. Entonces el Padre Arrupe dio un viraje radical en su relación con los jesuitas de Centroamérica. El gozo fue grande de parte y parte. Permítaseme reproducir cómo lo recordaba el Padre Ellacuría:

Quando, golpeado ya por su enfermedad (en la que tanto tuvieron que ver junto con su ingente pero sosegada actividad, los disgustos y tensiones suscitados en el entorno romano), acudí a visitarle en la enfermería de la curia generalicia. El Padre Arrupe, casi balbuciente, me dijo: “nosotros —se refería a él mismo y a los jesuitas centroamericanos— empezamos separados y alejados, pero poco a poco fuimos acercándonos; sufrimos mucho, pero al fin llegamos a entendernos y lograr un elevado punto de acuerdo; Dios así lo quiso”, y movía sus brazos de abajo a arriba, formando un arco, abierto en su parte inferior y casi cerrado en su parte superior. Así fue en el largo período de 1969 a 1976⁴¹.

Yo también lo pude comprobar de forma sorprendente, y permítaseme recordarlo. Ya he dicho que a finales de junio de 1976, para mi sorpresa, el Padre Arrupe me llamó a Roma, pues quería hablar sobre la teología de la liberación antes de emprender un viaje por América Latina. Durante una semana nos reuníamos un rato todos los días. El Padre Arrupe preguntaba y comentaba sobre muchas cosas, muy variadas, pero como nuestra provincia estaba inmersa en una realidad muy conflictiva, el tema fe y justicia salía a cada paso. El Padre Arrupe

38. “Pedro Arrupe” 18

39. *Ibid.*

40. *Ibid.*

41. *Ibid.* 7

hablaba con toda paz de todas estas cosas sin aludir a ninguna ni crisis y sin ninguna tensión.

Había ocurrido algo inaudito. Nada más llegar a la curia uno de sus colaboradores muy cercanos, y buen amigo, me dijo que en la curia estaban asustados. La razón es que estaban preparando los documentos para elevar a Provincia lo que era entonces la Vice-provincia independiente de Centroamérica. Y en la carta que escribía a los jesuitas de la nueva Provincia el Padre Arrupe les quería “pedir perdón”. No sé exactamente en qué términos pensaba hacerlo, pero ésa era su voluntad. De hecho, los asistentes se lo desaconsejaron, en cualquier caso se lo impidieron. El Padre Arrupe cambió el lenguaje, pero dejó lo sustancial. En la carta reconoce que la realidad de Centroamérica imprimía vitalidad a la misión de la Compañía, pero también daba pie para la radicalización de puntos de vista diferentes y para la agudización de las tensiones. Y añade estos dos párrafos. El primero es de hondo apoyo y consuelo.

Desde Roma he procurado seguir de cerca esta evolución, pero nunca ha decaído mi esperanza porque en medio de tantas dificultades, he visto siempre en todos una decidida voluntad de seguir a Cristo y de vivir un espíritu evangélico radical, puro y genuinamente ignaciano⁴².

El segundo párrafo, aun leído treinta años después, no deja de sobrecoger:

Repasando experiencias de estos años respecto a la Viceprovincia, he de confesar que se agolpan en mi memoria recuerdos de distinto signo: unos muy consoladores, otros dolorosos; pero lo que personalmente más siento es el ver que mis limitaciones hayan podido ser a veces causa de malentendidos, penas y sufrimientos que una dirección diferente hubiera podido evitar⁴³.

Lo que acabo de recordar muestra la honradez, la finura y la delicadeza del Padre Arrupe, pero también ilustra un aspecto de su modo de abordar, como superior General, la lucha por la fe y justicia. Se trataba de que *las cosas se hiciesen bien* en tema tan absolutamente importante, dejando completamente de lado protagonismos de cualquier especie: ni de los que se podían tener por “profetas” ni de los que se podían tener por “autoridad legítima”.

En Centroamérica no hubo retroceso, aunque sí hubo mayor cuidado para no caer en errores. La actitud del Padre Arrupe generó un mayor impulso. Que yo recuerde nunca nos pidió, como suele ser habitual, prudencia, lo que normalmente significa dar marcha atrás, abandonar a la gente, cobardía. Tampoco nos pidió abandonar la teología de la liberación, tal como procurábamos enseñarla y ponerla a producir con honradez. No nos pidió plegarnos a las directrices de

42. *Alocución del R. P. Pedro Arrupe a los padres y hermanos de la nueva provincia de Centroamérica*, Guatemala, 5 de agosto, 1976.

43. *Ibid.*

algunos jerarcas —que no faltaban— contrarias a Medellín, lo que a nosotros, y sobre todo a él, le ocasionó serios problemas con obispos y Vaticano.

En aquel año de 1976 ya había explotado en la UCA la primera de unas 25 bombas, y en diciembre explotó otra, más criminal, en el edificio de administración central a las ocho de la noche. El Padre Arrupe nos escribió una carta el 5 de febrero de 1977:

Sé muy bien que la causa de todo esto ha sido la valiente actitud tomada por la Universidad y especialmente por la revista “ECA” en el problema de la transformación agraria. No puedo menos de alegrarme y de felicitar a Uds. muy cordialmente por haber defendido la causa de los pobres y por estar sufriendo persecución por ese motivo. Ayudará a la unión y a promover las ideas de justicia.

Y añade: “pequeño regalo personal” 5.000 dólares.

No nos acusó de habernos metido en política, ni nos llamó a la prudencia. Nos felicitó y nos animó a seguir.

En 1977 en Aguilares asesinaron al Padre Rutilio Grande por defender a los campesinos y denunciar a los terratenientes —y por cierto, con el asesinato de Rutilio acabó la división entre nosotros y comenzaron a florecer las vocaciones. Y el Padre Arrupe no se asustó. En el mes de junio todos los jesuitas fuimos amenazados de muerte por la Unión Guerrera Blanca, si no salíamos del país, y se propagaron octavillas: “Haga patria mate un cura”. En nuestra residencia de la UCA y en el Colegio Externado hubo frecuentes cateos y bombas.

“No salgan. Sigán en sus puestos”, vino a decir. Él mismo quiso venir al país para animarnos, pero los asistentes no se lo permitieron. Y por lo que sé, así actuó siempre, en El Salvador y en todo el tercer mundo. En Nicaragua, en medio de inmensos problemas eclesiales, defendió “el apoyo crítico” de los jesuitas al sandinismo. No le asustaba el marxismo, y defendía a los jesuitas que, con seriedad y críticamente, buscaban poner a producir lo mejor de ambas cosas, cristianismo y sandinismo. Siempre nos pidió seriedad en el trabajo teórico y en la praxis. Lo que le asustaba era no poner a Dios en el centro de nuestra vida y misión. Y en lo que más insistía, usase o no esas palabras, era en el *sensus Christi*.

Este modo de proceder, creo yo, dice mejor que muchas palabras lo que para él significaba, como superior general y como compañero, comprometerse en la lucha por la fe y la lucha por la justicia. Y los jesuitas recordamos con agradecimiento y cariño que, por defendernos a nosotros —y a los pueblos oprimidos por los que intentábamos trabajar y luchar—, él también tuvo que sufrir las consecuencias: algunos jesuitas de dentro y algunos jerarcas de la curia romana y de las curias centroamericanas le acusaron de ingenuidad, de no saber gobernar la Compañía, de caer en política de izquierda...

Trabajar por la fe y justicia no es cosa de declaraciones *a priori*, sino de verificación *a posteriori*. Se verifica en quiénes son nuestros amigos y quiénes nuestros enemigos. Y se verifica si hemos pagado un precio, dijeron los jesuitas en la CG 32. Muchos lo han pagado.

Cuando asesinaron a los jesuitas de la UCA, el 16 de noviembre de 1989, el Padre Arrupe yacía enfermo en la enfermería. El Hermano Banderas, como pudo, le comunicó la noticia. Al escucharla, el Padre Arrupe se echó a llorar.

También él pagó un precio: incompreensión, acusaciones, distanciamiento por parte de instancias eclesísticas.

De todas esas formas empujó, *físicamente* se puede decir, a todo el cuerpo de la Compañía a la lucha por la fe y la justicia.

5. La desmesura de la fe

En la Compañía siempre ha sido misión fundamental la propagación y defensa de la fe: predicación, teología, apologética, dirección espiritual, y ciertamente dar los Ejercicios de san Ignacio. Esto pudo llevar a pensar que, por lo que toca a la fe y justicia, el problema consistía en fundamentar la lucha por la justicia —y de ahí que se añadiese la expresión “que la misma fe exige”—, como si “la lucha por la fe” no necesitase de reflexión. No es así. Por un lado nunca estamos en posesión de la fe. Y por otro siempre queda pendiente qué significa luchar en favor de la fe y cómo relacionar ambas luchas.

El aporte del Padre Arrupe a la lucha por la fe, consistió, dicho con la máxima sencillez, en la comunicación de su propia fe real, su modo de creer en el misterio de Dios. Esa fe le configuró de una manera muy humana, que le hacía transparentar a Dios. Ese fue su mayor aporte, pienso. Y sobre ello quiero decir unas breves palabras.

La fe del Padre Arrupe recuerda a Jesús. He escrito⁴⁴ que Jesús *confió* totalmente en un Dios que es *Padre*, y que estuvo absolutamente *disponible* ante un Padre que seguía siendo *Dios*. Jesús descansó en el *Padre*, pero *Dios* no le dejó descansar. No es difícil barruntar esta doble actitud en el Padre Arrupe ante un Dios-Padre.

El Padre Arrupe confiaba en que en el fondo de la realidad existe el bien y la bondad, y que el bien en definitiva tiene más fuerza que el mal⁴⁵. Eso se echaba de ver en la confianza última —aunque se le pudiese acusar de ingenuo— que depositaba en los seres humanos, y en los jesuitas. Esa “confianza ilimitada”⁴⁶

44. Véase *Jesucristo liberador Lectura histórica-teológica de Jesús de Nazaret*, San Salvador, 1991, pp. 265-271.

45. Lo que Ellacuría decía de Monseñor Romero. Ver nota 13.

46. *Cfr.* M. Maier, *Pedro Arrupe*, 45s. Trae a colación la confianza ilimitada en el contexto de cómo ejercía la autoridad: “si un jesuita tiene la impresión de que su superior es

no es reducible a optimismo, aunque así se considerase él a sí mismo, sino que es como el reverbero de una confianza primordial. Y pienso que en ello está también una de las raíces de su inmenso aliento apostólico. Pareciera que todo era *posible*, con tal de que fuese *bueno*. A mi modo de ver, el Padre Arrupe, como General, se embarcó en muchas aventuras apostólicas, pero no se trataba de locuras pues estaban basadas en la confianza que depositaba en toda tarea buena. Una noche escuchó la noticia de miles de vietnamitas, que navegaban sin rumbo y sin que nadie los quisiese acoger. Al día siguiente, reunió a sus colaboradores y les dijo: “tenemos que hacer algo”⁴⁷. Era una expresión de misericordia, evidentemente, pero también de confianza primordial. Creyó en un Dios en quien siempre se puede confiar para arremeter cualquier empresa que fuese para el bien.

Ese *Padre*, en quien confiar, se le siguió manifestando como *Dios*, misterio inmanipulable, ante el cual hay que estar siempre disponible. En la vida del Padre Arrupe hay abundantes muestras de ello. No absolutizó nada que no fuese Dios. Amó a la Compañía, pero nunca la absolutizó, sino que llegó a poner en peligro su anterior prestigio y buena fama dentro de la Iglesia, y precisamente por la opción por la fe y la justicia⁴⁸, de lo que era bien consciente. En su tiempo, se dieron divisiones internas muy fuertes, intentos, incluso aplaudidos por algunos obispos, de fundar una Compañía paralela. El número de jesuitas descendió en unos 8,000, porque la Compañía abandonaba su cerrado mundo anterior, respiraba en libertad y se encarnaba en el mundo de la injusticia y de la increencia, cosa nada fácil. La Compañía perdió amigos y bienhechores, y se ganó poderosos enemigos, que la han atacado y perseguido hasta el asesinato. Tuvo serias dificultades con los tres últimos papas, que no entendían y criticaban incluso la opción de la CG 32. En 1981 se llegó a la intervención papal, hecho insólito en la historia, con la excepción de la extinción de la Compañía en 1773. Y en lo personal, el Padre Arrupe tuvo que pasar —quizás ése fue su mayor sufrimiento— por la incomprensión del Vaticano hacia su propia persona, él tan fiel al Papa. Pero con toda naturalidad dejó a Dios ser Dios.

Su fe no era ingenua ni fácil. Era vivir a la intemperie ante el misterio de Dios. Llegó a estar en el huerto de los olivos, como aparece en algunas confidencias suyas, ya enfermo y desvalido, en la enfermería. Hablando de sí mismo decía: “este pobre”. Y se quejaba: “todo esto es muy difícil”⁴⁹. Pero se le concedió la gracia de mantener siempre vivo a ese misterioso Dios. En una eucaristía en el Katolikentag en Trevéris, en 1970, repitió unas palabras que había pronunciado un año antes en un suburbio

un diplomático, se acabaron las relaciones verdaderas”, *ibid*. Pero la razón última de la confianza no era una mera estrategia —comprensible— para un buen gobierno, ni menos ingenuidad, sino la fe en una especie de bondad primordial.

47. Así nació el Servicio jesuita de refugiados, que ahora trabaja en 50 países.

48. Muy principalmente por lo que hacían los jesuitas en Centroamérica.

49. En P. Lamet, *op. cit.*, p. 259.

de América Latina y que han quedado hasta el día de hoy como paradigma de su fe, hecha de confianza y disponibilidad: “Tan cerca de nosotros no había estado el Señor, acaso nunca, ya que nunca habíamos estado tan inseguros”⁵⁰.

Estas son reflexiones sobre lo que se echa de ver en la fe del Padre Arrupe. De su experiencia “mística”, más allá de ello, nada puedo decir, aunque quiero añadir un pequeño recuerdo. En las entrevistas de junio de 1976, un día me preguntó si me importaba que él me leyera una poesía que había hecho a Jesucristo el día del Corpus. Me quedé impactado y en silencio. Y le dije que sí, por supuesto. No recuerdo lo que decía en aquella poesía⁵¹. Lo que sí recuerdo hasta el día de hoy es lo que sentí por dentro: “este hombre ama de verdad a Jesucristo”.

Si nos preguntamos en qué y por qué ayuda una fe como la del Padre Arrupe a la lucha por la justicia, se me ocurre lo siguiente, después de hacer una aclaración. Pienso que hay afinidad entre el *hecho de creer* en Dios y *luchar por la justicia*. Ambas cosas tienen como correlato una realidad que, de diversa manera, se nos presenta como misterio.

En cuanto *praxis*, la lucha por la justicia supone *enfrentarse* a una *constelación de realidades de todo tipo*, problemas, incógnitas, riesgos, conflictos, y también esperanzas, utopías, alegrías. La justicia que se busca nunca es abarcable, y mantener la búsqueda no es fácil. No empequeñecer el horizonte de la justicia, mantenerse fieles en esa lucha y llevarla a cabo humanamente es todo menos evidente —como lo demuestra la historia de esa lucha, aun cuando se lleva a cabo con buena voluntad. Mucho ayudará, valga la simpleza, mantenerse fieles al misterio de Dios. Una fe como la del Padre Arrupe, siempre respetuoso ante la intocabilidad e inmanipulabilidad del *misterio de Dios*, puede ayudar a mantener el caminar hacia la justicia, en la dirección correcta y del modo correcto. Es una *praxis* de calidad.

Por lo que toca al *contenido*, la justicia es forma del *amor*, más historizadamente es forma de la *compasión y misericordia* ante el sufrimiento infligido injustamente a personas y pueblos, inocentes e indefensos. Es una reacción en contra de la acción de la injusticia que produce víctimas —por eso a los mártires los llamamos los misericordiosos consecuentes. Una fe como la del Padre Arrupe en un Dios de *misericordia* puede ayudar a mantener siempre la decisión de ayudar a las víctimas.

Dada la dificultad de que se instaure la justicia, la pregunta es inevitable: ¿es posible la justicia, un mínimo de ella? ¿Es sensata la utopía de un mundo fraterno? Ante el triunfo de la injusticia lo sensato parece, más bien, hacerse la pregunta de la *antropodicea*: ¿tiene justificación el ser humano, puesto que pue-

50. En J. A. García, *op. cit.*, p. 111.

51. Con gran alegría encontré el texto en el libro citado de J. A. García. La llama “Oración de súplica, entre el desconcierto y la confianza”, y está fechada el día del Corpus, 17 de junio de 1976. Un breve pasaje está citado en la nota 36.

de erradicar la injusticia y no lo hace? Y la de la *teodicea*. Una fe como la del Padre Arrupe en un Dios de *promesa y esperanza* puede ayudar. Algo hay en la fe en ese Dios que, sin ignorar ni diluir ambas preguntas, hace que la esperanza sea más sensata que el desencanto o el *carpe diem*. Esa fe puede mantener el convencimiento de que el verdugo no triunfará sobre la víctima. Y que habrá un nuevo cielo y una nueva tierra. Así se puede mantener hasta el final la lucha por la justicia.

El aporte del Padre Arrupe no consistió en mostrar conceptualmente cuán razonable es la fe y cuán urgente es la justicia. Tampoco consistió en animar a los jesuitas a hacerlo, pero desde fuera, por así decirlo. Lo suyo fue otra cosa: comunicar, quasi físicamente, la fuerza de la fe para que la lucha crucial fuese una lucha de *calidad* que promoviese una fe y una justicia *de calidad*.

En El Salvador recordamos a Monseñor Romero, sus homilías, cartas y planes pastorales, refugios que se abrían, reuniones con sacerdotes y seminaristas, con solidarios y organizaciones populares... Hizo todo eso y muchas cosas más. Pero la más honda verdad de lo que hizo es lo que dijo Ellacuría, quien acertó una vez más: "Con Monseñor Romero Dios pasó por El Salvador". Algo parecido quiero decir del Padre Arrupe. Con una fe como la suya Dios pasa por nuestro mundo y su Espíritu mueve montañas. Con una fe así se puede luchar por la justicia, y una justicia de calidad. Y es que para humanizar un mundo inhumano nada hay mejor que el contacto real con Dios. Ellacuría escribió:

Arrupe ha sido un hombre de Dios, por encima de todas las cosas; y quería que los jesuitas también lo fueran de verdad. Este de verdad implica que era a Dios a quien él buscaba, no cualquier otra cosa que quiera hacerse pasar por Dios, incluso entre ambientes religiosos y eclesásticos. No sustituía a Dios por nada; un Dios más grande que los hombres; más grande que las Constituciones y la estructura histórica de la Compañía de Jesús; un Dios más grande que la Iglesia y todas sus jerarquías; un Dios siempre mayor y siempre nuevo, que sigue siendo el mismo y nunca se repite... Un Dios imprevisible, pero no manipulable. En la experiencia cotidiana de ese Dios, al que dedicaba muchas horas de búsqueda, es donde se despertaba su gran libertad de espíritu, su gran amor a todos, su constante disponibilidad y humildad, y también su clarividencia religiosa⁵².

Pocas semanas antes de su asesinato, Monseñor Romero dijo estas palabras: "¡Quién me diera, queridos hermanos, que el fruto de esta predicación de hoy fuera que cada uno de nosotros fuéramos a encontrarnos con Dios y que viviéramos la alegría de su majestad y de nuestra pequeñez"⁵³. Creo que el Padre Arru-

52. "Pedro Arrupe" 12

53. Homilía del 10 de febrero, 1980.

pe ejemplifica a la perfección lo que deseaba Monseñor. Nada hay mejor para el ser humano que encontrarse con Dios. Las palabras finales de Monseñor Romero sobre nuestra pequeñez siempre me han resultado un poco enigmáticas, pero me las ha iluminado el Padre Arrupe. Transformó la pequeñez que sentía ante Dios en servicio a los demás. Del Padre Arrupe me impresionó que nunca pensó en sí mismo antes que en los demás. Siempre pensó en los demás antes que en él.

Así veo yo la “desmesura de la fe” del Padre Arrupe.

Quiero terminar con una reflexión sobre el “y” que une fe y justicia. Para ello simplemente citaré un texto, recortado y ligeramente editado, que el Padre Arrupe escribió después de la visita a una favela. Lo tituló: “Aquella misa en la favela”⁵⁴. Estrictamente hablando no se habla aquí de fe y de justicia, pero queda implicado en su experiencia de celebrar “misa” en una “favela”. En definitiva, habla de la experiencia de Dios “y” de la experiencia del pobre. Esto es lo que escribió:

En la favela, inmunda, vivían unas cien mil personas. La misa tuvo lugar bajo una especie de techumbre en mal estado, sin puerta, con perros y gatos que entraban libremente.

La eucaristía comenzó con la música, no muy cultivada, de una guitarra, y cantaron “amar es darse”... “A medida que el canto avanzaba sentí que se me hacía un gran nudo en la garganta. Tenía que hacer un verdadero esfuerzo para continuar la misa”.

Llegó el momento de la consagración. “Cuando elevé la hostia, percibí, en medio del tremendo silencio, la alegría del Señor que se encuentra entre lo que ama”.

“Al dar la comunión, me fijé en que en aquellos rostros secos, duros, quemados por el sol, había lágrimas que rodaban como perlas. Acababan de encontrarse con Jesús, que era su único consuelo. Mis manos temblaban”.

La homilía fue corta. Fue sobre todo un diálogo. Una viejecita “me dio un millón de gracias” porque “estos padres nos han enseñado a amar a nuestros enemigos”. Un muchacho que hacía una semana había conseguido un cuchillo para matar a un compañero, le dio las gracias porque con la predicación del padrecito, “en vez de matar a aquel compañero, compré un helado y se lo regalé”.

Después de misa, un señor corpulento con aspecto de delincuente y que casi daba miedo, me dijo. “Venga a mi casa. Tengo un regalo para usted”... La casa “era una barraca semidestruida y me invitó a sentarme en una silla desvencijada. Desde mi sitio yo podía contemplar la puesta del sol. El grandullón me dijo: ‘Mire, señor, ¡qué hermosura!’... Nos quedamos en silencio durante algunos minutos. El sol desapareció. El hombre exclamó: ‘No sabía

54. En J. A. García, *op. cit.*, pp.125-127. No se menciona ni el lugar ni la fecha.

cómo agradecerle todo lo que hacen por nosotros. No tengo nada que darle. Pero pensé que le gustaría ver esta puesta de sol. ¿A que le ha gustado? Adiós'. Y me dio la mano".

Poner juntas misa y favela, poner juntas dos experiencias de ultimidad que remiten a dos realidades últimas, eso es lo que hizo el Padre Arrupe. Con ello nos vino a decir: "lo que Dios ha unido desde el principio y lo que la Iglesia y la Compañía hemos separado muchas veces, no hay que separarlo nunca. Dios ha unido fe y justicia".

